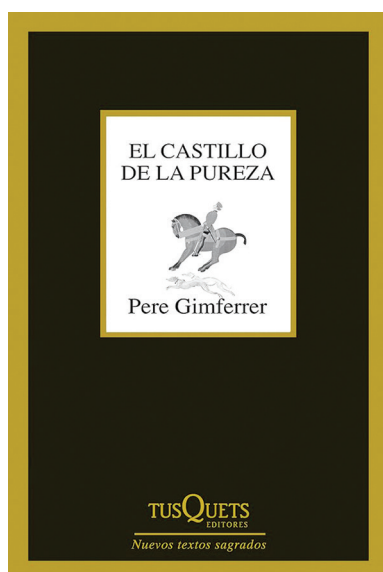


Terminar con el silencio y con las buenas familias. La poesía de Saúl Ordoñez

Armando Gutiérrez-Victoria



Saúl Ordoñez, *El castillo de la impureza*,
ISBN: 9788483839737, México,
Escrúpulos, 2022, 83 pp.

Habría que comenzar diciendo que, tras la lectura de *El castillo de la impureza*, del poeta mexicano Saúl Ordoñez, uno termina con la terrible sensación de haber leído un libro personalísimo y honesto sobre el dolor de tener una familia. Un dolor ante el cual ninguno de nosotros es ajeno, como no nos son ajenos los álbumes con fotografías viejas y las memorias que ellos entrelazan, así como las peleas con nuestros hermanos y la relación exasperante con nuestro pasado o, quizá, hasta con nuestra propia madre. Tampoco nos son extraños, aunque no seamos capaces de reconocerlo, los traumas de la niñez, la culpa, la soledad y los distintos arrepentimientos que vamos encerrando, bien adentro, en nuestras casas, para que no salgan, aunque al final, sin que nos demos cuenta, terminen por asfixiarnos. Solemos dejar todo esto en silencio, porque nos atemoriza recordarlo, darle un nombre, una forma, traerlo al mundo real. Y todo esto es precisamente lo que el libro de Saúl Ordoñez se atreve a hacer.

El castillo de la impureza es, como lo dicen sus versos desde el inicio, una venganza contra el abandono, contra los secretos y los pecados familiares, contra la indiferencia de la sangre y la tanta falta de humanidad. En buena medida, este libro también es un autorretrato de la irremediable condición de hijo, de hermano, de nieto, de sobrino, de un alguien cansado de callar estas cosas y que decide de una vez por todas ponerse a gritar. En este sentido, el poemario articula en sus páginas el itinerario de un proceso doloroso de autodescubrimiento, de reconocer quiénes somos gracias a —pero algunas veces a pesar de— los otros.

Hay cierto tipo de libros que afrontan al lector, que lo hacen sentir una extraña y a veces indescriptible mezcla entre placer y repulsión. Al principio resultan incómodos, porque plantean preguntas exasperantes, sin respuestas ni salidas fáciles, pero después cobran pleno sentido como experiencia. Naturalmente, nadie disfruta la incertidumbre, a todos nos gusta sentirnos parte de una familia, de un todo. Pero, en definitiva, no nos gusta profundizar en ella, meter las manos en el fondo para descubrir el cúmulo de años y de cosas que se han tejido hábilmente sobre cada uno de sus integrantes. Nos gustan, en cambio, las familias silenciosas, las que se reúnen alrededor de una mesa para celebrar y no discuten, las familias que no hablan y sólo saben sonreír para postergar lo impostergable, lo que duele y que finalmente heredan, sin saberlo, a las nuevas generaciones.

Como se suele decir, hay varias puertas de entrada al libro de Saúl Ordoñez. Una es la de la tradición literaria y la de las historias de familias terribles. Imposible no pensar en aquella poesía personalísima de Rosario Castellanos a propósito de los sentimientos encontrados que despierta su hijo tras su nacimiento y su primera infancia, por ejemplo, en textos como “Se habla de Gabriel”; pero también en aquel extraordinario poema de Cristina Rivera Garza sobre su madre y su condición de hija, “Hora de visita”, incluido en *La más mía. El castillo de la impureza* recuerda, además, a novelas como *Celestino antes del alba* y *El palacio de las blanquísimas mofetas*, del cubano Reinaldo Arenas, pues son muchas las semejanzas que rondan la contradicción de saberse hijo en una casa con una familia numerosa, acostumbrada a los hábitos de la violencia y del desarraigo, así como al cariño ocasional. No obstante, como en Arenas, *El castillo de la impureza* no se reduce al grito de auxilio y desesperación; se trata, más bien, de un entramado complejo de recuerdos felices y dolorosos, sensaciones agridulces que salen al paso, fragmentos y personajes luminosos que nos reconfortan y nos dan calma, aunque sea sólo por un momento.

Otra vía de acceso al libro de Saúl Ordoñez es la memoria. El poemario en parte se propone la radiografía familiar a través del recuerdo, es por ello que para intentar el esbozo de las personas queridas lo más significativo son los episodios que atan al poeta a ellas, como la abuela Elsa, “pródiga” madre, que contaba “cuentos de pastores” y que entregó por vez primera una cerveza y sentó a “la mesa de los hombres” al nieto amado. Sin embargo, existe una tensión constante e irresoluble entre la memoria de la experiencia directa y la memoria del relato familiar, entre lo que de verdad ha sido vivido y lo que ha sido heredado. Así pues, no es extraño encontrar que en esta dicotomía el yo de sus versos cuestione la “versión oficial”, llena de culpa y de chantajes emocionales:

Toda mi vida, escuché que mi madre se casó con mi padre, por mí;
que perdió la salud, por mí; que trabajó cuarenta y tres años, por
mí...

Esa deuda impagable me obliga a dar la vida, a morir.

No la acepto. Madre, no me matarás. Yo vivo y viviré (56).¹

Lejos del relato de vida perfectamente estructurado, ejemplar en más de un sentido, de la selección precisa y artificiosa que redunde en la construcción de cierta imagen autoral, el libro de Saúl

1 Todas las citas correspondientes a *El castillo de la impureza* corresponden a Ordoñez (2022), por lo cual solo se anota el número de página.

Ordoñez apuesta por la sinceridad desde el momento en que reconoce la naturaleza inaprensible y heterodoxa de la memoria. No se trata de un conjunto articulado de episodios significativos en todas sus partes, sino, más bien, de un *collage*, de un prisma, hecho de fragmentos, de sensaciones y pequeños vistazos al pasado. Así lo apuntan sus composiciones y de manera más explícita aquel poema que comienza con:

Mis primeros recuerdos no guardan sucesos que pueda narrar, sino sensaciones que, de vez en cuando, me asaltan y, de inmediato, me abandonan, violentas, inaprensibles, inexpresables (40).

En efecto, una lectura atenta del poemario revela el papel protagonista que tienen los sentidos y los estímulos del mundo sobre la necesidad del relato y la mitificación personal. El lector no se encuentra ante la impostura, sino ante la evocación sincera del pasado, mediada no por un plan maestro sino por las distintas impresiones, muchas de ellas caóticas, extraídas de la memoria: aromas, sabores, colores, idas al mercado, el olor a pescado, las frutas, la cecina, los quesos, el sonido de las piedras en el río y la cocina de la tía Quila. Resulta imposible no reconocerse en lo cotidiano, en lo que podría llegar a parecer intrascendente, pero que de un modo inexplicable tiene un sitio privilegiado en nuestros recuerdos y en el sentido que le otorgamos a nuestra propia existencia.

Era fácil para cualquier otro escritor caer en el lugar común de la nostalgia por la nostalgia, en el mero placer de la evocación y, en ese sentido, en la idealización del pasado. Conocemos demasiados relatos de vida de hombres y de mujeres ilustres, de familias ejemplares que signan el destino de tal escritor o poeta, el mito de la biblioteca familiar, el encuentro con la lectura, el descubrimiento de la vocación y la sesuda reflexión sobre la educación sentimental e intelectual del artista. Y todo esto es, precisamente, lo que evita el libro de Saúl Ordoñez, evita deliberadamente la autocomplacencia del yo y de los otros, la mitificación absurda de los seres amados, a quienes después de muertos o quizá todavía en vida les ocultamos sus errores.

Era fácil, también, construir un libro en el que el lenguaje no fuera sino un mero vehículo para la comunicación, un instrumento de la catarsis sobre el cual no habría que detenerse tanto, porque restaría la atención necesaria a la tragedia personal. Y, sin embargo, este libro no es así. *El castillo de la impureza* en ningún momento se construye como un poemario propenso a la simplificación de la sintaxis, a las imágenes y metáforas gastadas y comunes, que han terminado por erosionarse de tal modo que ya no dicen absolutamente

nada. Así como el yo de sus versos emprende una búsqueda personal por decir lo que de ordinario no es dicho, también reconoce la necesidad de la expresión correcta, de la precisión a veces inalcanzable del verso. La lengua, más que un simple medio, es ella misma una expresión significativa en estos poemas, nos habla a veces desde un registro infantil, indisociable de nuestras memorias y de cómo fue que vivimos ciertos pasajes de nuestra vida; otras, con el odio sincero de eso que no alcanzamos a decir en persona a los que se han ido; unas más, de la incertidumbre ante nuestro propio discurso, lo que rectificamos y encontramos en el proceso, el sentido de las cosas que no habíamos podido hallar porque no nos atrevíamos a decirlo en voz alta. Tarea engorrosa para el futuro estudioso será detenerse en el uso específico del símil, la prosopopeya, la hipálage, la metáfora y el ritmo en los versos de Saúl Ordoñez, por lo que sirva solamente lo que acabo de mencionar como mera introducción a esta labor.

Podríamos decir que una casa es el cuerpo de una familia. Y una casa también puede enfermar terriblemente de un mal incurable, de una nostalgia y una violencia inmaterial que no se ve a simple vista. Quizá es por ello mismo que Saúl Ordoñez acompaña sus textos con distintas piezas gráficas que, en mi opinión, ratifican mucho de lo que he destacado. La anatomía y disección del cuerpo humano, las moscas, gusanos y escarabajos superpuestos que lo rondan y establecen un eje en las composiciones. Las fotografías propias y de familiares, los médicos, enfermeras y salvavidas que intentan inútilmente un cuidado que quizá no surtirá efecto. Pocos libros y pocos escritores han buscado establecer un diálogo interdisciplinario en sus obras, una propuesta integral que compagine ambos discursos en un todo indisociable, es por ello que este aspecto no debería pasar inadvertido en cualquier comentario crítico que se haga a propósito de *El castillo de la impureza*.

Por último, nunca está de más reconocer la enorme labor de las editoriales independientes que, como Escrúpulos, apuestan, primero que todo, por el talento y por la literatura, antes que por los compromisos comerciales y demás intereses externos. No olvidemos la cantidad de obras de la tradición mexicana que han aparecido en modestas ediciones, ahora inasequibles, y que de algún modo encontraron su camino a los lectores, que son, al final de cuentas, quienes realmente importan.



Detalle de *A Sea of forgotten souls* (2024). Linogrado: Paul Noguez
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

ARMANDO GUTIÉRREZ VICTORIA. Adscrito a El Colegio de México (Colmex), México.

Recibido: 22 de noviembre de 2023

Aprobado: 4 de mayo de 2024